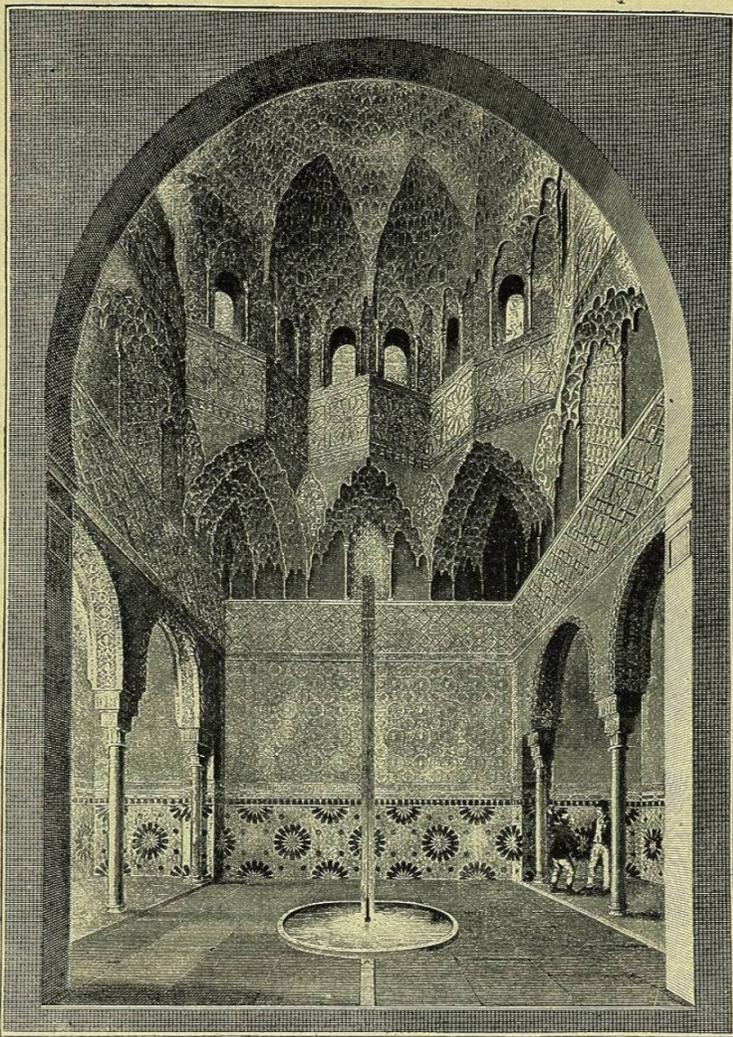


rios, como también de ignorantes y torpes. Por mi parte he observado el siguiente dato característico: que los libreros son tan numerosos en Sevilla, como raros en Granada.

No me extenderé más en esta breve enumeración de los principales monumentos árabes de España; pues si añadimos el Alcázar de Segovia y algunos otros edificios que tendremos



Sala de los Abencerrajes, en la Alhambra

ocasión de examinar en otro capítulo, al estudiar la influencia de los Arabes en Europa; se tendrá un cuadro bastante fiel de los que España todavía posee. No es gran cosa para lo

mucho que hubo. Sin embargo, bastaría para darnos una elevada idea de la grandeza del pueblo árabe, aunque los trabajos científicos y literarios del mismo hubiesen desaparecido.

CAPITULO VII

LOS ARABES EN SICILIA, EN ITALIA Y EN FRANCIA

I

LOS ÁRABES EN SICILIA Y EN ITALIA

Cuando se estudia atentamente la historia de los Arabes en las diversas comarcas por ellos visitadas, se reconoce en seguida que sus invasiones discrepan de carácter, según la intención que tuvieron. En aquellas donde se proponen ocupar definitivamente el país invadido, su política invariable consiste en conciliarse la voluntad de los habitantes; y haciendo todo lo contrario de los conquistadores de su época, respetan las leyes y la religión del vencido, y tan sólo le imponen un ligero tributo. Así procedieron, según vimos, en Siria, Egipto y España. Pero cuando invaden un país con el designio de hacer algunas rápidas incursiones, es decir, de no quedarse en él, su método cambia, é imitando á los demás conquistadores, consideran á la región ocupada como una presa, de la cual es necesario sacar en breve el mayor partido posible, antes de soltarla. Entonces pillan todo lo que cae en sus manos, destruyen lo que no pueden llevarse, y prescinden de tratar bien á los habitantes. Así procedieron en Italia, y particularmente en Francia.

En sus invasiones en Sicilia usaron sucesivamente de ambos métodos. Poco numerosos al principio para luchar con los Griegos de Constantinopla, que entonces eran dueños de Sicilia y de parte de Italia, se reducen á invasiones efímeras, las cuales tienen siempre un carácter devastador. En efecto, penetran en una provincia, apodéranse de cuanto pueden llevarse, degüellan á los habitantes que se defienden, y desaparecen rápidamente. Pero alentados después por sus repetidas ventajas, entreven la

posibilidad de fijarse en el país, y empiezan á tratar bien á la población. Finalmente, el día en que se consideran verdaderos dueños, renuncian del todo á las costumbres saqueadoras, dotan á la comarca de todas las ventajas de la civilización, y ejercen como en España una influencia progresiva muy importante.

Sólo teniendo presente este distinguido fundamental, se llegará á comprender la historia de los Arabes en las diferentes comarcas que ocuparon, y á explicarse el motivo de que estando algunas muy cercanas entre sí, la conducta de los dominadores fuese tan discrepante.

Verificaron las invasiones de Sicilia é Italia los mahometanos de Africa; cuya mayor parte debió ser berberisca, pues en esta época los Arabes de dicho continente estaban en minoría. Aquellos Berberiscos, según ya se vió, pertenecían á una raza que si era de las más valientes entre todas las que seguían la ley del profeta, en cambio era de las menos civilizadas.

Desde el primer siglo de la hégira los Arabes habían hecho alguna incursión en Sicilia y en las demás islas del Mediterráneo, pero tan sólo á principios del siglo III, cuando el Africa septentrional se libró de la dependencia de los califas de Oriente, intentaron conquistarlas de veras. Una circunstancia particular les movió á emprender su conquista. Gobernaban entonces la Sicilia unos funcionarios enviados de Constantinopla, y el almirante que estaba encargado de defenderla, sabiendo que el emperador había ordenado matarlo, quitó la vida al gobernador, y se declaró monarca de la isla. Pero luego se vió en peligro de sucumbir ante una revuelta, y fué á Africa á solicitar la protección de los musulmanes; de cuyo punto regresó con un ejército, el cual poco después operó por su propia cuenta, y

tras algunos años de lucha (212 á 217 de la hégira), terminó la conquista de Sicilia con la toma de Palermo.

Durante los combates que tuvieron que sostener con los Griegos, los Arabes no se redujeron á invadir la Sicilia; pues también invadieron todo el Mediodía de Italia, llegando hasta los arrabales de Roma, donde quemaron las iglesias de San Pedro y San Pablo, entonces situadas extramuros, y no se retiraron hasta obtener del papa Juan VIII la promesa de pagarles un tributo. Apoderáronse además de Brindis en el Adriático, y de Tarento, y penetraron en el ducado de Benevento. Viéndose entonces dueños de Sicilia, de muchos puertos importantes de Italia, de Córcega, Candía y Malta, no tardaron en dominar absolutamente el Mediterráneo, y Venecia debió renunciar durante mucho tiempo á batallar con ellos.

El poder político de los Arabes en Sicilia fué derribado en el siglo xi de nuestra era por los Normandos; pero su influjo civilizador duró todavía mucho; pues como los reyes Normandos eran bastante inteligentes para comprender la inmensa superioridad de los Arabes, solicitaron su apoyo de modo que bajo su reinado la influencia de los discípulos del profeta fué considerable.

Por estar la historia de los Normandos en Sicilia íntimamente unida con la de los musulmanes, conviene hacer una rápida narración de sus luchas, á fin de comprender la marcha de la civilización de esta isla. Además tiene cierto interés decir de qué modo se hacía la guerra en aquellos tiempos; con lo cual se verá que todos los actos de devastación achacados á los Arabes por los cronistas latinos, los practicaban todos los beligerantes, de cualquier nacionalidad que fuesen.

Las circunstancias que condujeron de muy lejos á los Normandos á Sicilia, son bastante curiosas. Hacia el año 1015 de J.-C. una pequeña partida de caballeros francos y normandos, al regresar de una peregrinación á la Palestina, se dirigió, según costumbre, á la Italia meridional, con objeto de visitar una gruta del monte Gorgano, célebre por una aparición del arcángel San Miguel. Habiendo sabido su llegada Roffrid, conde de Avellino, fué á pedirles su concurso para defender á Salerno, á la sazón sitiada por los Arabes. Lograron los extranjeros introducirse en la ciudad, y levantando los ánimos de los sitiados, hicieron con estos una salida donde los musulmanes queda-

ron rotos. Entusiasmó este triunfo á los salernitanos y á su conde, y colmaron de regalos á los forasteros, invitándolos á quedarse en el país.

Pero los peregrinos, que deseaban volver á sus lares, no aceptaron estas proposiciones, bien que prometieron enviarles gente joven, dispuesta á defender valientemente la fe cristiana; después de lo cual partieron, llevándose en presente telas preciosas, ricos mantos, arneses de caballo, resplandecientes de oro y plata, y naranjas, las cuales eran una fruta entonces desconocida en Francia, y ellos deseaban mostrarla á sus compatriotas para acrecentar su deseo de visitar el país que la producía.

De regreso en su tierra los caballeros normandos refirieron tales cosas á sus compatriotas, que los arrebataron de entusiasmo; de modo que gran número de ellos resolvieron partir para Sicilia.

Tal fué el origen de la invasión de los Normandos; los cuales, siguiendo las costumbres de la época, se ocuparon más de enriquecerse saqueando, que de defender la religión, de la cual eran nuevos paladines. Verdad es que en lo de saquear se mostraron equitativos, pues no diferenciaron de los Arabes á los Griegos, ni á los Italianos; y durante cincuenta años, es decir, hasta la conquista definitiva, Sicilia y las regiones cercanas de Italia no fueron consideradas por aquellos caballeros cristianos sino como una tierra bendita del cielo, donde se hacía fortuna con una facilidad imponderable.

Como las hazañas de los defensores de la fe no tuvieron otro resultado que arruinar con rapidez al país, los habitantes echaron luego de ver que la amistad de los caballeros normandos era mucho más costosa que la enemistad de los Arabes; y se dirigieron al papa solicitando su protección contra los primeros. Pero al ver éste que sus reprimendas no producían ningún efecto, escribió al emperador de Constantinopla la siguiente carta, que da una idea bastante clara de cómo un ejército cristiano solía en aquel tiempo tratar á las poblaciones del país que ocupaba en calidad de amigo.

He aquí la carta del papa Leon IX al emperador de Constantinopla:

«Mi corazón se ha enternecido oyendo la dolorosa relación que me han hecho los mensajeros de mi hijo Argirus; y considerando la indisciplina de la nación normanda, junto con su maldad y su impiedad más que pagana, he resuelto librar á Italia de la tiranía de estos ex-

tranjeros. Arrebatados por una verdadera rabia, los Normandos nada respetan; degüellan á los cristianos, ó les someten á las torturas más horribles; son gente insensible á toda humanidad, que no respeta edad, ni sexo; despojan las basílicas de los santos, las incendian y destruyen. Su rapacidad se ceba en todo. Varias veces les he censurado su perversidad; he apelado á los avisos, á las súplicas, á las instancias repetidas; les he amenazado con la venganza divina; pero, como dice el Sabio, aquel á quien Dios abandona siempre es malo, y al loco no se le corrige con palabras. Ya que no hay otro recurso, he determinado hacer la guerra á estos extranjeros que son insoportables para todos, á causa de sus frecuentes atentados; y esa guerra será santa y legítima, pues no la emprendo más que en defensa de los pueblos y de las iglesias.»

Viendo que nada obtenía del emperador, León IX procuró formar una liga contra los Normandos, apoyándose particularmente en los Alemanes; pero el obispo de Eichstadt aparentó escandalizarse de ver al papa á la cabeza de un ejército, que estaba destinado á combatir á un pueblo cristiano, y logró impedir que le ayudase el rey de Germania, Enrique III. A pesar de esto, León IX pudo juntar un ejército, mucho más numeroso que el de los Normandos; y confiando en la protección del cielo, los atacó atrevidamente, pero fué derrotado del modo más ridículo, y cayó prisionero. Entonces procuró granjearse la voluntad de los vencedores, levantándoles la excomunión, que les había echado, y dándoles su bendición; pero los Normandos se mostraron algo indiferentes á estas complacencias, le retuvieron prisionero un año, y se guardaron mucho de ponerlo en libertad sin obtener en cambio garantías solidísimas.

Libres entonces de dedicarse á sus depredaciones, continuaron saqueando á Italia y Sicilia del modo más concienzudo, y la guerra entre protectores y protegidos se prolongó con una ferocidad tranquila, á la cual los pueblos habían verosimilmente llegado á acostumbrarse, si hemos de conjeturar de la dulzura con que las crónicas refieren aquellos degüellos y robos, como si fuesen eventualidades cotidianas, de las cuales nadie hacía caso. Cuando los buenos caballeros podían sorprender un monasterio mal fortificado, lo saqueaban de arriba abajo, y á fin de evitar las reclamaciones de los frailes, los exterminaban á todos. Pero cuando los frailes á su vez llegaban á sorprender á algunos

caballeros, tomaban en ellos á sus anchas el desquite más completo. Las crónicas contemporáneas rebosan de narraciones donde están expuestos afablemente estos entretenimientos recíprocos; y el siguiente caso, que tomó Mr. de la Primanderie de los archivos latinos de los frailes de Monte-Casino, dará una idea bastante clara de las costumbres de aquel tiempo.

«Un día el conde Radulfo y quince Normandos llegan á Monte-Casino, y siguiendo la costumbre, los Normandos dejan sus armas y caballos á la puerta de la iglesia, y entran para orar. El momento no podía ser más inoportuno, pues mientras estaban arrodillados ante el altar de San Benito, los motilonos del convento cerraron repentinamente las puertas de la iglesia, se apoderaron de las armas y caballos, y tocaron las campanas á rebato. Al ruido de un toque tan conocido, los vasallos de los frailes se levantan tumultuariamente, y atacan á los Normandos, que no tenían otra defensa que los rosarios con que oraban.

»En vano imploraron el respeto debido á los santos lugares, que ellos mismos no tenían la costumbre de guardar nunca; en vano juraron no haber entrado con otra intención que orar y reconciliarse sinceramente con el abad; pues como los frailes no querían perder una ocasión tan buena de vengarse, se negaron á escucharlos, y los quince compañeros del conde fueron degollados, salvándose sólo éste por haberse interpuesto el abad, quien se apresuró á aprovecharse de tan venturoso suceso para recobrar todas las posesiones del monasterio que el conde había invadido. El castillo de San Andrés fué el único que trató de resistirse.

Continuó el saqueo de Sicilia por los Normandos hasta que uno de sus jefes, Roger, hombre de superior habilidad, formó el proyecto de conquistarla definitivamente. La ocasión casi no podía ser más propicia. Los musulmanes eran víctimas de sus eternas disensiones; y las rivalidades de Arabes y Berberiscos debían perderlos en Sicilia, como después en España. Por este tiempo, es decir, en 1061 de la era cristiana, la Sicilia se dividía en cinco emiratos, cuyas capitales eran Palermo, Mesina, Catania, Girgenti y Trápani. Los cronistas llamaban al emir de Palermo rey de Sicilia, pero la verdad es que siempre estaba en guerra con los demás; pues hasta en la época en que los Normandos se habían ya apoderado de la mitad de la isla, los jefes musulmanes se atacaban unos á otros.

Estas disensiones fueron lo único que entregó el país á los Normandos, quienes terminaron la conquista en 1072, tomando á Palermo. Puede pues decirse que de entonces data el fin del poder político de los Arabes en Sicilia; pero á causa de la cordura de Roger y de sus sucesores, la influencia de la civilización árabe todavía prevaleció largos años.

Quedó Roger proclamado primer conde de

Sicilia, y se mostró tan hábil organizador como había sido valiente guerrero, mereciendo que se le considere como uno de los hombres más notables de su tiempo, cuyo elogio no puede tampoco negarse á su hijo y sucesor.

Cuando los Normandos conquistaron la Sicilia, la civilización de los Arabes era ya muy floreciente; y como Roger y sus sucesores tuvieron el buen sentido de comprender la supe-



Vista de la Ziza cerca de Palermo

rioridad de los discípulos del profeta, adoptaron sus instituciones, las apoyaron con su protección, y aseguraron por ende al país una era de prosperidad que se conservó hasta el día en que por el advenimiento de los reyes de la casa de Suabia (1194), se expulsó á los Arabes.

Al organizar Roger á Sicilia, habitaban en la isla cinco pueblos de costumbres y lengua diferentes: los Francos (particularmente Normandos y Bretones), y los Griegos, Longobardos, Judíos y Arabes; cada uno de los cuales tenía un código diferente; pues los Griegos seguían el de Justiniano, los Longobardos el propio, los Normandos el derecho franco, y los Arabes el Corán. Mucha tolerancia y equidad se necesitaban para gobernar en paz á tan diversas gentes

en un mismo territorio. Los Arabes habían sabido comprenderlo así, y Roger lo comprendió también; y como los musulmanes eran la aristocracia intelectual é industrial de la nación, Roger los protegió con privilegios especiales. Los edictos de este soberano se promulgaban frecuentemente en árabe, griego y latín; la mitad de las inscripciones de las monedas estaban en árabe, y la otra mitad en griego ó latín; unas monedas llevaban el símbolo de Cristo, y otras el de Mahoma; habiéndolas también que estaban acuñadas con ambos símbolos.

Siguieron los sucesores de Roger la misma política. Guillermo II había estudiado la lengua de los Arabes y se servía de éstos para las cuestiones más delicadas. Bien es verdad que

ellos pagaron á los Normandos estas deferencias, pues hasta en tiempo de Roger se alistaron en las banderas de éste para ayudarle á vencer algunas sublevaciones.

Cosa de un siglo después de la conquista, en 1184, los Arabes, según los cronistas de Sicilia, eran aquí muy numerosos; y en Palermo poseían grandes distritos, y tenían mezquitas, imanes y un cadí para juzgar sus pleitos. Debíase también á su concurso que la corte de los reyes normandos de Sicilia fuese brillantísima; pues Abulfeda llega á compararla con la de los califas de Bagdad y el Cairo.

II

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN SICILIA

Poco numerosos son los datos que nos permiten reconstruir el estado de la civilización de los Arabes en dicha isla; por reducirse á algunas indicaciones diseminadas en varias páginas de las crónicas, á un corto número de monumentos salvados de la destrucción, y á algunas monedas. Sin embargo bastan á demostrar que si la civilización de los Arabes en Sicilia fué inferior á la de Egipto y España, valió mucho, pues cuando éstos se marcharon del país, el nivel intelectual, industrial y social de la isla era muy superior al que existía cuando llegaron; y como nada sirve más para medir la influencia civilizadora que el mejoramiento que un pueblo produce en otro, apreciando este resultado, no puede negarse que los Arabes fueron en Sicilia de una utilidad extraordinaria.

Cuando terminó la conquista de la isla por los musulmanes, éstos no tardaron mucho en comenzar el período de la organización. Desde la época de los Cartagineses, Sicilia se dividía en dos provincias: la Siracusana y la Palermitana. Pero los Arabes la dividieron en tres valis, división más apropiada á la geografía de la isla. Cada vali tenía su gobernador, y comprendía varios distritos, administrados por caides dependientes de los gobernadores respectivos. En Palermo establecieron un mufti, ó juez supremo; y en cada localidad un cadí, acompañado de un escribano. Todas las ciudades tenían sendos recaudadores de contribuciones; y un gran consejo, llamado diván, desempeñaba las funciones de tribunal de cuentas, y examinaba las entradas y salidas de fondos.

En todo lo que no concernía á los asuntos de interés general, los cristianos conservaron sus

leyes religiosas y civiles y el derecho de gobernarse; los antiguos magistrados griegos, llamados *estrategos*, continuaron en sus empleos, con sus privilegios y hasta con el mismo nombre; juzgando las cuestiones entre cristianos, y recaudando la capitación impuesta por los Arabes; la cual era de 48 dinars anuales por cada rico, de 24 por el acomodado, y de 12 por el que vivía del trabajo de sus manos. Este impuesto no llegaba de mucho al que se pagaba en tiempo del dominio griego; y además estaban exentos de él los frailes, las mujeres y los niños.

Todo lo concerniente al derecho civil, como propiedades, sucesiones, etc., había sido tan bien apropiado por los Arabes á las costumbres del país, que los Normandos lo conservaron, una vez dueños de la isla.

Bajo aquel dominio, los cristianos habían conservado sus leyes y usos, como también el libre ejercicio de su culto; y según el cronista Coradino, prior de Santa Catalina de Palermo, los sacerdotes podían ir á llevar el viático á los enfermos, revestidos de sus ornamentos sacerdotales. El presbítero Maurocoli refiere que en las ceremonias públicas de Mesina figuraban dos estandartes: el uno, perteneciente á los musulmanes, representaba una torre negra en campo verde, y el otro correspondiente á los cristianos, ostentaba una cruz dorada en campo rojo. Conserváronse todas las iglesias que existían al hacerse la conquista; pero los conquistadores, separándose de lo que se practicaba en España, prohibieron que se edificasen otras nuevas.

Así que pudieron ya tenerse por verdaderos dueños de Sicilia, dedicáronse á la agricultura y á la industria, sacándolas en breve de la decadencia en que estaban: introdujeron en el país el algodón, la caña de azúcar, el fresno y el olivo; construyeron obras de canalización que todavía subsisten, y dieron particularmente á conocer los acueductos de sifón, que entonces nadie conocía, fuera de ellos.

La industria debióles también progresos importantes, explotándose sistemáticamente las riquezas naturales del país, como plata, hierro, cobre, azufre, mármol, granito, etc., é introdu-



Monedas cristiano-árabes de los reyes normandos de Sicilia.